

tura de esa clase; pues nada llevábamos propósito para abrigarnos, porque queríamos proveer-nos de los efectos del país.

Al día siguiente lo tendríamos todo; pero aquella noche no era posible, y preciso fué sufrir.

Se encontraba papá ocupado en recibir el equipaje, cuando se adelantó hácia él un norte-americano, hombre fuerte y bien formado, como de unos 45 años, que habiéndolo reconocido, le estrechó con entusiasmo entre sus brazos. Papá vuelve el rostro y le abrió también los suyos, pronunciando su nombre.

Era este un amigo, á quien ántes de nuestra salida de México, habia escrito papá, avisándole el día y el buque en que debíamos llegar, y suplicándole tomara con anticipacion unas piezas en un buen Hotel; porque, como en los Estados-Unidos hay tanta afluencia de extranjeros, á menudo acontece que se hallan completamente llenos todos los mejores Hoteles, y que cuesta trabajo encontrar donde alojarse convenientemente. Nada de esto nos aconteció, porque este amigo se portó muy bien, pues no solo lleno de actividad se empeñó en cumplir los encargos que papá le habia hecho, sino que como persona del país, lo dispuso todo á medida de nuestro deseo, y no contentándose con mandar un comisionado que

nos condujese al Hotel, quiso él mismo venir personalmente á recibirlo, para dejarnos ya instalados, serle útil á papá en todo, y guiarle mejor.

Muchos critican á los americanos de ser inciviles y faltos de educacion, frios en sus afectos, é indolentes; por nuestra parte, no podriamos afirmar estas opiniones, porque tuvimos diversas ocasiones para juzgarlo contrario; comenzando á experimentarlo desde nuestra llegada.

Al momento, Mr. H. se hizo cargo del equipaje, arreglándolo todo en minutos; en seguida tomó del brazo á mamá, y nos dijo que le siguiésemos como en efecto lo hicimos.

¡Jamás olvidaremos estos momentos, en ellos sufrimos cruelmente!.....

El frio intenso nos hacia morir; nos sentiamos realmente agonizar; nuestras fuerzas desfallecian; ya no podiamos mas. El frio de aquella noche era extremado.

Mr. H. caminaba con mamá volando, como se dice vulgarmente.

Sabida es la costumbre, que hay en Europa y en Norte-América, de andar aprisa; nunca en esas grandes poblaciones observamos que se camine como aquí, (por ejemplo,) allá no se pierde el tiempo, y en lugar de andar, se corre á veces; nosotras, aunque acostumbradas desde la mas

tierna infancia á andar bastante aprisa, no lo estábamos sin embargo hasta el grado en que lo hacia nuestro conductor.

Se agregaba la circunstancia, de que además de sentir un frio intenso, estaban paralizados nuestros miembros, y apenas podíamos movernos, y tambien teniamos en las manos los sacos de viaje, sombrillas, y otros de estos objetos, que tanto abruman y embarazan en los viajes.

Nuestra entrada á Nueva-York fué verdaderamente amarga, y como nos impresionó tanto, será imposible que podamos olvidarla.

Por fin despues de caminar á pié como unos diez minutos, llegamos á un lugar donde habia coches y ómnibus; nuestro conductor tomó uno de estos últimos, presentónos su mano para ayudarnos á subir, y ordenó que nos condujesen al Hotel de Clarendon; respiramos entonces, pues aunque el frio no podia dejar de molestarnos del todo; el carruaje echados los vidrios, nos prestó mucho consuelo;

Los viajes están llenos todos de impresiones imborrables, por eso dicese vulgarmente, *que viajar es vivir*, puesto que la vida se compone generalmente de sensaciones, y estas se multiplican extraordinariamente en un viaje.

Poco á poco nos fuimos internando en las ca-

lles de aquella populosa y animadísima ciudad; nuestros ojos se fijaban con avidés, al travez de los cristales del omnibus, en suntuosos edificios de grandes dimensiones; en la animacion de aquellas calles; aun en la hora avanzada en que transitabamos por ellas, se hallaban profusamente iluminadas; y aunque poco pudimos juzgar en nuestro trayecto, estábamos sin embargo absor-tas; jamás nos habiamos imaginado una realidad tan bella, y pasábamos de impresion en impresion, y de sorpresa en sorpresa.

Caminariamos mas de media hora, y serian las once de la noche, cuando nos detuvimos ante la puerta del Hotel. Nuestro conductor bajó primero, y dándonos la mano, nos condujo al vestíbulo de aquel palacio; pues tal nos parecia el Hotel de Clarendon.

Desde que pisamos el umbral de la puerta, una temperatura dulce y agradable vino á fortificar, y dar vida á nuestros miembros entorpecidos por el frio. No describiremos ahora ese hermoso Hotel, porque es tiempo ya de dar fin á este capítulo.

Atravezamos varias piezas lujosamente amuebladas, y llenas de una elegante concurrencia, y en seguida nos trasladamos al comedor, donde nos esperaba una magnífica cena; comimos con

apetito, y despidiéndonos de nuestro conductor, nos dirigimos á nuestros apartamentos, donde en breve, reclinadas en cómodos y suaves lechos de pluma, dormíamos tranquilas, reposando de las fatigas del viaje, y reponiéndonos en aquella agradable temperatura, de la impresion que la fuerza del frio nos habia causado al desembarcar, y atravesar el gran trecho para tomar el omnibus.

¡Oh, es inmensa la comodidad de que se goza en los Hoteles de los Estados-Unidos!

CAPITULO XII.

La Ciudad de New-York. Su situacion geográfica. Su estension y límites. Naturaleza del terreno en que está edificada. Distancia que ocupa la parte habitada. El puerto, su capacidad y aspecto que presenta; crecimiento asombroso de la ciudad; mejoras que han tenido su origen en ella. Plagas que la han afligido. La Bahía. La ciudad; número de estaciones de ferro-carriles urbanos; de establecimientos públicos; teatros y templos. El de la Trinidad. Varios edificios notables. La Tesorería. La Aduana. El Banco del Parque. Redaccion é imprenta del New-York Herald. Astor. Palacio del Ayuntamiento. El edificio que ocupa la compañía de seguros. El Hotel de San Nicolás. Aspecto y movimiento en la calle del Canal (canal Street). Establecimientos de comercio, y edificios notables. La joyería de Ball Black y C^o. Librería de Appleton y C^o. Metropolitan Hotel. Establecimiento de Stewart. La Iglesia de Grace. El Teatro de Wallack. La plaza de la Union. Estátua de Washington. Academia de música. Fammuy Hall. Clarendon Hotel. Establecimiento de Lord y Taylor. Selsey Hotel. Grande Hotel, y Hotel de San Cloud. Regreso al Hotel.

La ciudad de Nueva-York se haya situada en la desembocadura del rio Hudson, á diez y ocho millas del Oceano Atlántico, y á los 41° próximamente de latitud. Los límites de la ciudad y del condado son los mismos, puesto que tanto aquella como éste, comprende ademas de la isla llamada de Manhatan, donde está situada la ciudad propiamente dicha; las islas de Raudall